

zaba y Tehuacan, pero Prim y el Gobierno se mostraron decididos no sólo á que no se impusiera á Méjico la forma de gobierno monárquica, sino á que fuese Maximiliano el candidato; mas el representante francés declaró que no estaba á las órdenes de nadie y que estaba resuelto á no cejar en sus propósitos hasta llegar al fin.

En tales circunstancias se encontraban, cuando se celebró en Orizaba la famosa conferencia del 9 de Abril, en la que quedó rota la unión de los representantes de las tres potencias, puesto que los ingleses y españoles no se quisieron hacer solidarios de los propósitos belicosos de Francia.

Rota la alianza en Orizaba, las tropas inglesas y españolas se separaron de las francesas, y así lo manifestaron al Gobierno mejicano, que quiso tratar con los jefes de los dos ejércitos, pero no llegaron á verificarse las conferencias y el general Prim regresó á España por no hacerse cómplice en la implantación de una monarquía en Méjico, que necesariamente había de derrumbarse, al dejarla de sostener las bayonetas extranjeras.

La conducta del conde de Reus fué mal recibida por la opinión pública, menos por la Reina; para todos los demás se hizo cuestión de partido, y dejándose el mismo O'Donnell arrastrar por tales corrientes llevó á S. M. el decreto desaprobando la conducta del general Prim.

Pero antes de que O'Donnell viese á la Reina, salió al encuentro el Rey, diciéndole que tanto él como la Soberana estaban entusiasmados por la conducta observada en Méjico por el conde de Reus, y cuando estuvo en presencia de la Soberana, díjole ésta con su característica vivacidad: «Has visto qué cosa tan buena ha hecho Prim?»

O'Donnell adhirió al sentimiento de la Reina, y arrojando en ambas Cámaras ataques más apasionados que lógicos, retiráronse los embajadores de Francia en Madrid y de España en París.

Envióse luego á Francia al marqués de la Habana, á quien manifestó el Emperador que de la Reina de España dependía tener en él un sincero aliado, dando por fin Napoleón explicaciones que satisficieron al Gobierno español, aunque guardando resentimiento al general Prim.

Las pequeñas diferencias que existían con el Perú y Chile, se agravaron por este tiempo, lo cual dió por resultado el que se apoderasen los españoles de las islas Chinchas, productoras del guano, que constituye una gran riqueza, pero al poco tiempo cesó el estado de hostilidad que existía, y fueron devueltas aquellas islas.

Las negociaciones con Chile no tuvieron tan buen término, porque tal vez nuestro negociador señor Pareja no estuvo ni acertado ni oportuno, puesto que envió el memorial de agravios pidiendo satisfacciones, el mismo día que Chile celebraba el aniversario de su independencia.

Los chilenos rompieron las hostilidades apoderándose de la goleta *Covadonga*, hecho que dió lugar al suicidio del general Pareja.

El brigadier don Casto Méndez Núñez le reemplazó, quien para vengar la pérdida de aquel buque, bombardeó á Valparaíso. El Perú declaró la guerra á España aliándose con Chile, pero no por eso se desanimó el valiente Méndez Núñez, que con sus dos barcos la *Villa de Madrid* y la *Blanca* peleaba con heroísmo increíble en el canal de Abtao, contra la armada unida del Perú y Chile.

Méndez Núñez puso en conocimiento del Gobierno aquellos hechos, y el general Zabala, á la sazón Ministro de Marina, contestóle celebrando que se atacara á los enemigos y alentándole para seguir adelante en su empresa, dándole, además, instrucciones tan terminantes como belicosas.

Componíase la escuadra del Pacífico, después del bombardeo de Valparaíso, de la fragata blindada *Namancia* y las de hélice *Villa de Madrid*, *Almansa*, *Resolución*, *Berenguela* y *Blanca* con la goleta *Vencedora* y algún vapor transporte además de varios mercantes consagrados á depósitos de carbón y otros servicios.

Con estos buques se presentó el día 2 de Mayo ante el puerto del Callao, y con un heroísmo que admiró á todos y que fué muy celebrado por los marinos extranjeros, atacó con sus naves de madera las blindadas fortalezas de aquel puerto militar, apagando sus fuegos, atribuyéndose entonces al almirante español aquellas palabras con que contestó á los que querían disuadirle de lo que se reputaba como temeraria empresa: «Más vale honra sin buques, que buques sin honra».

Cansados y empobrecidos los dominicanos por los de Haití, quisieron restituirse á España, su madre patria, pero O'Donnell, que á la sazón mandaba en Cuba, les facilitó armas y municiones, mas no admitió aquella anexión.

Pero más tarde, amparados por la ley, se hicieron tantos dominicanos súbditos españoles, que apenas si quedaban nacionales al servicio del Gobierno de aquella República, hasta que en el mes de Marzo de 1861, entre gritos y salvas, se enarbolaron en la Torre del Homenaje las banderas dominicana y española, redactándose el acta proclamando como



reina á Isabel II, anexionando el terreno de la República á la corona de Castilla, por quien fué admitida aquella incorporación creándose una audiencia y nombrándose un capitán general, que lo fué Santana, á la par que se organizaban todos los ramos de la administración pública.

Haití, que no podía conformarse con lo que sucedía en su vecina Santo Domingo, exacerbó los ánimos, surgieron insurrecciones y hubo que mandar fuerzas de Cuba.

Encendiéndose la guerra, que dirigió con impericia Narváez, contrario á la anexión, y mandó que se reconcentraran las tropas mientras las Cortes derogaban la reincorporación.

Hecho de esta suerte, se evacuó la isla después de un gasto de más de 392 millones de reales y de la pérdida de 30,000 hombres diezmos por los rigores del clima, y el mal empleo que, más de una vez, se hizo de aquellos héroes.

En 1863 presentó su dimisión el Gabinete del duque de Tetuán, pero como ninguno de los jefes de las demás fracciones políticas se conceptuara con fuerzas suficientes para hacerse cargo del gobierno, hubo de reorganizarse el Ministerio bajo la presidencia del mismo O'Donnell hasta que en Marzo de dicho año el marqués de Miraflores subió al poder, y disueltas las Cortes en 17 de Agosto, convocáronse nuevas para el 11 de Octubre.

La oposición hecha á este Ministerio, no tardó en determinar su caída, y á principios de 1864 sustituyóle otro bajo la presidencia de don Lorenzo Arrazola, sucediéndole al poco tiempo otro formado por don Alejandro Mon, contando con el favor de la *Unión liberal* á la cual concedió cuatro carteras.

«Cómo acogió la *Unión liberal*, dice un escritor, el favor del Ministerio en que tanta parte ella tenía? Diránlo los sucesos posteriores; en cuanto á los progresistas, que tenían ya declarada su hostilidad al Código de 1831, contestaron á ella congregando en Madrid una numerosa reunión de parciales con los que, después de querer convertir en fiesta propia la nacional del 2 de Mayo, celebraron al día siguiente un banquete en los Campos Elíseos; en él, entre la manifestación de intestinas discordias entre partidarios de Espartero y de Olózaga, pudiéndose ya descubrir la aspiración del general Prim á ser el supremo jefe de la bandera, pronunciáronse frases terribles contra el trono, y por dicho general se señaló á lo existente un término que no pasaba de dos años y un día.

» La revolución, que sacaba principalmente su fuerza de la flaqueza del Gobierno, quiso dar todavía otra muestra gallarda de sí, y tomando pretexto de haber llegado á Madrid los despojos mortales de Muñoz Torrero, diputado en las Cortes de Cádiz, fallecido en Portugal, progresistas y demócratas pasearon en pomposa procesión las calles de Madrid, como si quisieran que España conociera á sus futuros gobernantes.

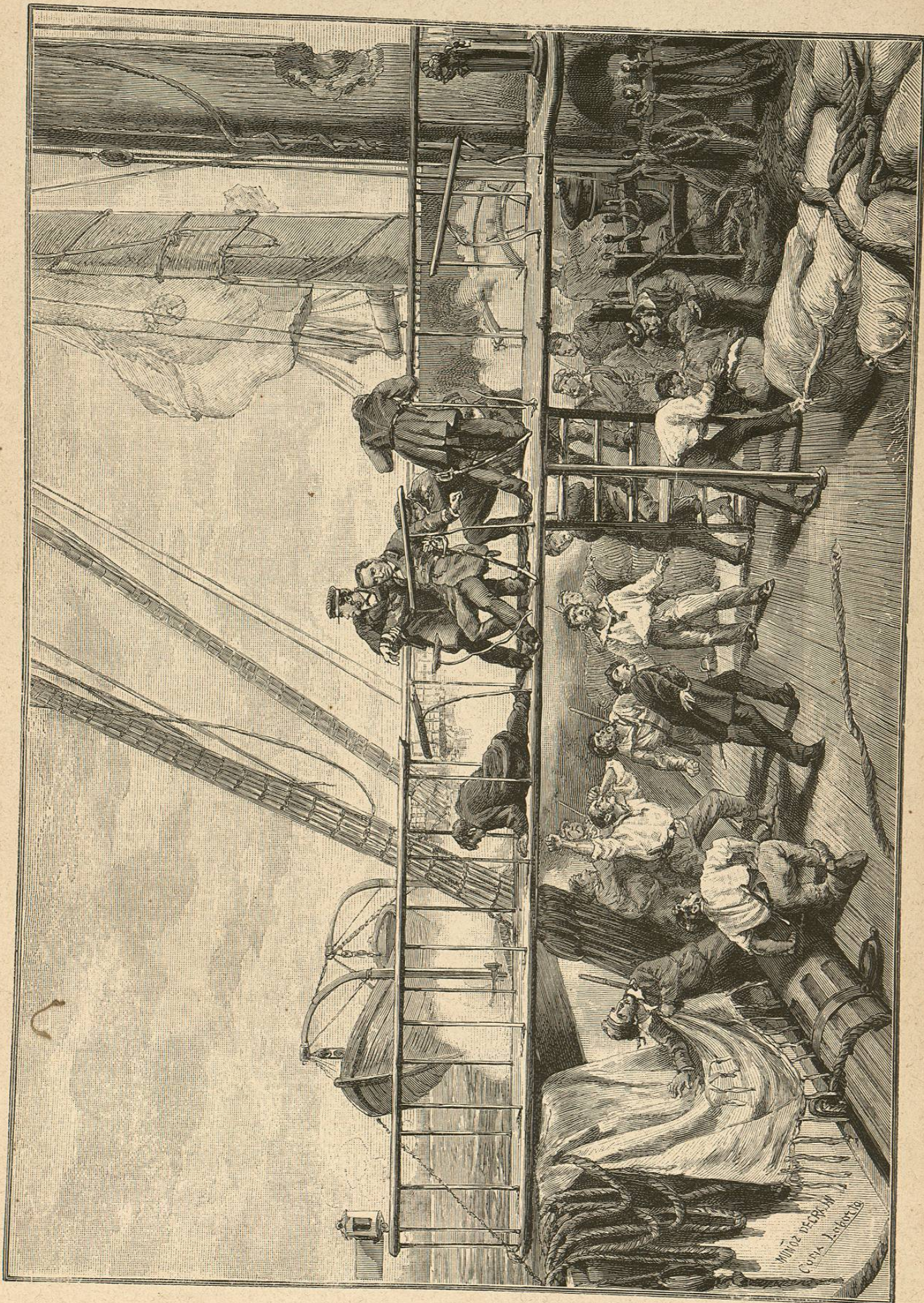
» Y si á esto se unía el desenfreno de la prensa revolucionaria que pisoteaba instituciones, cosas y personas, y por la cual nada se respetaba, se atropellaba todo y todo se infamaba, el Sumo Pontífice, la Reina, los obispos, los ministros y toda clase de autoridad, se comprenderá la dolorosa consternación que había de apoderarse de las gentes sensatas; contemplando cómo se iba corrompiendo al pueblo, cómo acrecían las fuerzas revolucionarias, cómo era arrastrada España á la orilla del precipicio, notábase más y más en todos los hombres conservadores, además del disgusto antiguo, un desaliento profundísimo, como si dolorosamente se resignaran de antemano á una fatalidad inevitable.

» Pero si ese desbordamiento fué parte para que el Gabinete, tomando mejor acuerdo, procurase defender contra él á la sociedad amenazada, antes bien eligió este momento para modificar la ley que sobre la materia existía, ley conocida con el nombre de su autor que lo fué don Cándido Nocedal y que aun cuando susceptible de recibir mejoras y de ser expurgada de defectos, hubiese asegurado, de ser observada, al propio tiempo que los derechos del escritor, los sagrados intereses sociales.

» Tres principales eran las modificaciones introducidas en ella por el nuevo proyecto: sustituía éste el jurado al magistrado, la pena corporal á la pecuniaria, y en apariencia la represión á la prevención; y aun con haber sido hecho muy impremeditadamente y de llevar algunos asuntos judiciales ante los consejos de guerra, fué por las Cortes votado con la misma docilidad con que lo fueron todos los demás.

» A la tristeza de los hombres conservadores, agravada por aquel entonces con la conspiración descubierta en un batallón del regimiento de Saboya, siendo absueltos los acusados y enviado el general Prim á Oviedo, fué distracción momentánea la noticia recibida de lo acaecido en las playas del Perú.

» Otro de los gérmenes de complicaciones sembradas por el Ministerio del duque de Tetuán, fué el envío de fuerzas navales al mar Pacífico con el



EL GENERAL MÉNDEZ NÚÑEZ HERIDO Á BORDO DE LA FRAGATA «NUMANCIA».